

Yukio Mishima

Caballos desbocados

El mar de la fertilidad (2)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Honba*
Traducción de Pablo Mañé Garzón

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2012
Séptima reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1969, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Herederos de Pablo Mañé Garzón
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-0968-3
Depósito legal: M. 33.834-2012
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1	[Shigekuni Honda]
15	Capítulo 2	[Honda a los 38 años]
23	Capítulo 3	[Honda y el presidente del tribunal]
40	Capítulo 4	[El 16 de junio]
58	Capítulo 5	[Honda sube a la montaña]
69	Capítulo 6	[Pensamientos de Honda en el Hotel Nara]
79	Capítulo 7	[El santuario de Izagawa]
93	Capítulo 8	[Visita de Iinuma y su hijo en casa de Honda]
102	Capítulo 9	La Liga del Viento Divino
177	Capítulo 10	[Carta de Honda a Isao Iinuma]
191	Capítulo 11	[Isao en casa del teniente Hori]
203	Capítulo 12	[La Academia de Patriotismo]
220	Capítulo 13	[La casa del teniente general Kito]
230	Capítulo 14	[Isao al cuartel con el teniente Hori]
244	Capítulo 15	[Banquete del barón Shinkawa]
272	Capítulo 16	[Isao y su padre]
286	Capítulo 17	[Isao y el príncipe]
296	Capítulo 18	[El grupo de Isao]
322	Capítulo 19	[El Teatro de Nô]
337	Capítulo 20	[Isao y los niños al «teatro de papel»]
349	Capítulo 21	[Isao reflexiona sobre Kurahara]
362	Capítulo 22	[Reunión del Club de la Actualidad]

- 375 Capítulo 23 [La procesión encabezada por Iinuma]
388 Capítulo 24 [Reuniones secretas de Isao con sus camaradas]
407 Capítulo 25 [Honda en el cementerio de Aoyama]
413 Capítulo 26 [Isao y su madre]
420 Capítulo 27 [El teniente Hori]
430 Capítulo 28 [Reunión en el cuartel general secreto]
450 Capítulo 29 [Despedida de Makiko Kito]
461 Capítulo 30 [A dos días de la acción]
464 Capítulo 31 [Arrestados]
483 Capítulo 32 [Su Alteza el príncipe Harunori Toin]
506 Capítulo 33 [La prisión de Ichigaya]
528 Capítulo 34 [Cartas de la madre de Isao]
536 Capítulo 35 [Cartas de Makiko a Isao]
545 Capítulo 36 [Primer día del juicio]
550 Capítulo 37 [Segunda sesión del procedimiento]
602 Capítulo 38 [Sentencia]
621 Capítulo 39 [El día siguiente]
626 Capítulo 40 [El 29 de diciembre]

Capítulo 1

Corría el año 1932. Shigekuni Honda tenía treinta y ocho años.

Cuando era aún estudiante de leyes en la Universidad Imperial de Tokio, había aprobado el examen requerido para ocupar cargos administrativos en el Poder Judicial y, tras graduarse, se le otorgó una posición como funcionario administrativo auxiliar en el Tribunal del Distrito de Osaka. Desde entonces, Osaka fue su lugar de residencia. En 1929 se le designó juez y en 1931, cuando era ya el más antiguo de los miembros del tribunal colegiado del distrito, fue ascendido, pasando a figurar como el más joven de los miembros del Tribunal de Apelaciones de Osaka.

Honda se había casado a los veintiocho años con la hija de uno de los amigos de su padre, juez que hubo de retirarse al resultar promulgada la reforma legal de 1913. La boda tuvo lugar en Tokio; pero, inmediatamente des-

pués de ella, él y su joven esposa se instalaron en Osaka. En el curso de los diez años que siguieron, su mujer no pudo darle hijos. En cambio, Rié era modesta y afable. Las relaciones entre ambos eran armoniosas.

Tres años antes de aquel en que se inicia este relato, el padre de Honda murió. Por entonces, como su madre se quedara sola, había pensado que lo más conveniente era que se viniese a vivir a Osaka con su hijo y su nuera, levantando la casa familiar de Tokio; pero su madre no se mostró de acuerdo y quiso seguir sola en la espaciosa mansión de la capital.

La mujer de Honda disponía de una doncella que la ayudaba en los quehaceres domésticos, cuidando de la casa alquilada en que vivía el matrimonio, que contaba con dos habitaciones en la planta superior y cinco en la baja. De esas cinco, una era el pequeño salón de entrada. El jardín se extendía por algo más de setecientos pies cuadrados. A cambio de todo ello, Honda pagaba una renta mensual de treinta y dos yenes.

Tres días a la semana, Honda trabajaba en el tribunal; y cuando no concurría a él, lo hacía en su casa. Para ir a sus tareas, tomaba el tranvía en Abeno, que se halla en el barrio de Tennoji, y descendía en Kitahama, localidad situada en el centro comercial y burocrático de Osaka. Cruzaba luego andando los puentes sobre los ríos Tosa-bori y Dojima, llegando a poco a la sede del tribunal, que se levantaba junto al puente de Hogonagashi. Era un edificio de ladrillos rojos, sobre cuyo portal podía verse el enorme y reluciente crisantemo de la corona imperial.

Un furoshiki de tela es imprescindible para cualquier juez: siempre tiene documentos que llevar a casa y a me-

nudo son tantos que no caben en un simple portafolios. El paquete envuelto en tela tiene la ventaja de que puede adaptarse a la cantidad real de papeles, pocos o muchos, que se ha de llevar. Con ese fin, Honda usaba un furoshiki de muselina de tamaño mediano, que había comprado en los grandes almacenes Daimaru. Pero, por si fuese necesario, había puesto dentro de él otro más pequeño, cuidadosamente doblado. A los jueces, los paquetes envueltos con el furoshiki les resultan de vital importancia, puesto que sería inconcebible que los documentos se dejaran sobre un portaequipajes. Uno de los colegas de Honda, a quien le gustaba detenerse a tomar alguna copa cuando se hallaba camino de su casa, no satisfacía sus deseos sin pasar antes un cordel bajo el nudo de su furoshiki; luego se ataba el cordel al cuello.

No había ninguna razón particular que impidiera a Honda servirse de las habitaciones reservadas a los jueces para redactar sus fallos. Pero sucedía que cuando el tribunal no estaba reunido, el recinto se llenaba de gente que con voces vibrantes sostenía discusiones en las que se esgrimían contundentes preceptos jurídicos que los administrativos novatos escuchaban respetuosamente con el fin de aprender cuanto pudiesen. Así las cosas, no era fácil para Honda redactar en paz sus decisiones y de ahí que prefiriese trabajar por las noches, en la quietud de su casa.

La especialidad de Shigekuni Honda era el derecho penal; pero no le inquietaba que la ciudad de Osaka, la cual contaba con un departamento criminal de poca monta, fuese considerada como poco propicia para obtener ascensos.

Cuando trabajaba en su casa le sucedía a veces que la noche entera transcurría mientras él estudiaba informes policiales, alegatos fiscales y constataciones correspondientes a las diligencias sumariales que habrían de ventilarse en la próxima sesión del tribunal. Tras redactar resúmenes y notas, pasaba toda la documentación al miembro más antiguo del tribunal. Cuando el cuerpo había tomado su decisión, correspondía a Honda hacerla llegar al juez superior. Era frecuente que el alba apuntara por el oriente cuando él estampaba la frase de rigor: «Por todo lo cual, tras una completa consideración de los hechos y derechos, el fallo de este tribunal resulta ser el mencionado *ut supra*». El juez superior revisaba entonces el legajo y lo devolvía a Honda, quien debía empuñar su pincel de escribir y redactar la decisión definitiva. De resultas de esa actividad, los dedos de su mano derecha mostraban los callos propios de los escribientes.

En cuanto a las fiestas con geishas, Honda sólo asistía a la celebración tradicional de fin de año, que se llevaba a cabo en el Seikanro, lugar situado en la zona de luces rojas del barrio de Kita. En esa ocasión, superiores y paniaguados se confundían alegremente. Tanto, que no resultaba raro que ocasionalmente algún mequetrefe envalentonado por el sake, se dirigiera con toda libertad al juez superior y le hablara sin tapujos.

El entretenimiento más usual consistía en beber algo en los cafés o en las tiendas de oden reunidas en torno al cruce de tranvías de Umeda-Shimmichi. La amplitud de los servicios en algunos de esos locales era infinita. Si alguien preguntaba la hora a la camarera, podía suceder que ésta se levantara la falda para consultar un reloj que

llevaba atado con una pequeña correa a un muslo regordete, para satisfacer la pregunta. Algunos jueces, como es natural, tenían por sí mismos y por su función demasiado respeto: la dignidad les impedía saber mucho sobre todo aquello y algunos creían realmente que dichos sitios eran tan sólo para tomarse un café. Cierta vez, uno de ellos presidía en un caso de desfalco y, cuando el acusado sostuvo que había despilfarrado todo el dinero mal habido, es decir, unos mil yenes, en los cafés, lo interrumpió indignado.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó—. Una taza de café sólo cuesta cinco yenes. ¿Pretendes decirme que te has bebido mil yenes?

Incluso después de ser reducidos los salarios y remuneraciones de los funcionarios imperiales con carácter general, Honda gozaba de considerables ingresos, que llegaban a los trescientos yenes mensuales. Era aproximadamente lo que percibía el jefe de un regimiento. Sus colegas ocupaban sus tiempos libres en pasatiempos variados. Algunos leían novelas; otros se incorporaban a los coros o a los elencos teatrales Nô de la Escuela de Kanzé y otros se reunían para escribir al modo haiku o para dibujar las ilustraciones de los poemas. Pero la mayor parte de quienes concurrían a las reuniones de cualquier género lo hacía simplemente tomándolas como pretexto para reunirse y beber.

Por último, había jueces particularmente entusiastas de todo lo occidental, que concurrían a bailes. A Honda los bailes le importaban poco, pero a menudo escuchaba a algunos colegas hablar de ellos. Un decreto municipal había prohibido los bailes en Osaka, por lo cual, los afi-

cionados a ellos debían trasladarse a Kioto, donde se hallaban las populares salas de baile de Katsura y Keagé, o bien a Amagasaki, donde la sala, llamada Kuisé, se alzaba en una zona aislada en medio de un arrozal. Ir en taxi a Amagasaki costaba un yen. Cuando uno se iba aproximando a la sala de baile –que parecía exteriormente un gimnasio– en el correr de una noche lluviosa, las sombras de las parejas que bailaban movían la luz que emanaba de las ventanas y las disonancias del foxtrot resultaban extrañas en aquellos parajes inundados que parecían animarse cuando la lluvia arrancaba de ellos trizas de la luz que arrojaba la sala de baile.

Tal era el mundo de Honda por esa época.

Capítulo 2

¡Qué extraño suele resultar para un hombre analizar su situación en el mundo al llegar a los treinta y ocho años! Su juventud pertenece a un pasado ya lejano y el grupo de recuerdos que corresponde a la época que va desde el fin de la juventud hasta entonces no presenta ni una sola impresión vivaz. Sin embargo, el hombre insiste en creer que apenas una frágil barrera le separa de su juventud. Puede escuchar en cualquier momento, con toda claridad, los sonidos provenientes de tan cercano dominio; pero ya no puede atravesar la barrera.

Para Honda, la juventud había muerto cuando murió Kiyooki Matsugae. En ese preciso momento, algo verdadero, algo que ardía con brillo ardiente, había dejado de ser. De manera abrupta, su juventud había concluido.

Ahora, cuando la noche reinaba por completo y Honda se sentía cansado de sus papeles, solía tomar el diario de sueños que Kiyooki le había legado y se daba a hojearlo.

Gran parte de lo que el diario contenía presentaba el aspecto de enigmas sin sentido. Sin embargo, algunos sueños allí descritos profetizaban con delicadeza la temprana muerte de Kiyooki. En uno de ellos contemplaba, ya espíritu, su propio ataúd de madera ordinaria, mientras la plena oscuridad que precede al alba cedía el paso a un hondo azul en las ventanas. Menos de un año y medio después, su sueño se había cumplido con extraordinaria exactitud. La mujer vestida de luto que se aferraba al ataúd era evidentemente Satoko; sin embargo no se había visto ni sombra de ella en el funeral que siguiera a la muerte de Kiyooki.

Desde entonces, habían pasado dieciocho años y las fronteras entre el sueño y el recuerdo se habían tornado nebulosas en la mente de Honda. El mero hecho de que las palabras que componían aquel diario —que era el único recuerdo que de su amigo le quedaba— hubiesen sido puestas allí por la propia mano de Kiyooki era algo que contenía un sentido profundo para Honda. Aquellos sueños, esparcidos como puñados de motas doradas sobre un inquieto cernidor, estaban cargados de maravilla.

A medida que el tiempo transcurría, los sueños y la realidad llegaron a tener el mismo valor entre los recuerdos de Honda. Cuanto en realidad había sucedido se mezclaba con lo que pudo suceder. Y, como la realidad abandonaba rápidamente el campo a los sueños, el pasado se parecía cada vez más al futuro.

Cuando era joven sólo había una realidad. El futuro parecía extenderse ante él, cargado de posibilidades innumerables. Pero con el correr de los años, la realidad pareció asumir formas diversas y era el pasado el que re-

flejaba posibilidades infinitas, cada una de las cuales parecía vincularse con su propia realidad. Así, la línea entre sueños y realidad se tornó aún más oscura. Sus recuerdos eran un fluir constante y tenían toda la apariencia del sueño.

De un lado, era incapaz de recordar el nombre de alguien que le había sido presentado el día anterior; pero, de otro, la imagen de Kiyooki acudía a él, siempre fresca y nítida, en cuanto la invocaba. Era como el recuerdo de una pesadilla, que a veces es más real que la esquina por la cual uno pasa a la mañana siguiente y que tan familiar resulta a sus ojos. Tras cumplir los treinta, Honda había comenzado a olvidar los apellidos de las personas, como la pintura se degrada y cae poco a poco de un muro. La realidad que esos nombres encerraban fue haciendo más débil, más cambiante y más desdeñable que cualquier sueño. La realidad no era más que el desecho arrojado por la vida de cada día.

Honda pensaba que el futuro ya no le tenía reservada ninguna sorpresa. Fuera cual fuese el vértigo que impulsara al mundo, no variarían sus funciones: a cada acontecimiento perturbador él aplicaría el racional análisis de la ley. Se había aclimatado por completo a un ámbito cuya atmósfera estaba hecha de pura lógica y, en consecuencia, la lógica era cuanto a él le interesaba y tomaba por válido. La lógica antes que los sueños y antes que la realidad.

El gran número de asuntos penales ventilados ante él le había llevado, naturalmente, a relacionarse con las formas más extremadas de la pasión humana. Aunque jamás había experimentado importantes emociones, fue

testigo de numerosos casos en que seres humanos habían sido reducidos a una verdadera servidumbre por causa de una pasión.

Pero ¿estaba realmente tan seguro? Cada vez que se planteaba esa pregunta, Honda se sentía embargado por el sentimiento de que mucho tiempo atrás, un vago peligro llegó a cernirse sobre él, amenazante; un peligro que resultara destruido por un súbito resplandor brillante. Desde entonces, según él creía, había llegado a convertirse en invulnerable a las tentaciones, por fuertes y avasalladoras que fuesen. De este modo, podía considerarse libre. Su libertad la debía a la coraza que se había calzado desde aquel día. El peligro vencido en aquel pasado distante, y la tentación de ese peligro, se encontraban aunados en un ser: Kiyooki.

En un tiempo, a Honda le había resultado agradable hablar de los días que había compartido con Kiyooki. Pero, a medida que el hombre envejece, el recuerdo de su juventud comienza a actuar nada menos que como una inmunización contra nuevas experiencias. Y ahora contaba treinta y ocho años. Una edad en que uno se siente curiosamente poco inclinado a decir que ha vivido, a la vez que se resiste a reconocer que su juventud ha muerto. Una edad en que el sabor de las propias experiencias se convierte gradualmente en algo un poco amargo y en la cual, día a día, se gustan menos las cosas nuevas. Una edad en la que el encanto de las tonterías divertidas pierde rápidamente color. Pero la entrega de Honda a su trabajo servía de escudo contra sus emociones. Estaba enamorado de su extrañamente abstracta vocación.

Llegó a su casa al anochecer y cenó con su mujer antes de encaminarse a su estudio. Aunque cenaba por lo general a las seis cuando se disponía a trabajar en su propia casa, esa hora se estiraba considerablemente los días que debía asistir al tribunal, pues a menudo permanecía en el edificio de la corte hasta eso de las ocho. Era un inconveniente, sin duda; pero, en cambio, ya no le sucedía que viniesen o le llamasen en plena noche, lo cual era corriente en tiempos en que presidía las diligencias preparatorias.

Rié siempre le esperaba para cenar junto a él, sin importarle la hora. Cuando llegaba tarde, corría a calentar la cena. Entretanto, Honda leía su periódico, consciente de la eficacia que su mujer y la doncella desplegaban en la cocina. Podía decir que la hora de cenar era el momento más descansado de la jornada entera. Es cierto que el ambiente y la decoración de su casa eran bastante diferentes de los reinantes en la de su padre; pero la imagen de éste, satisfecho con la lectura de su periódico, a menudo le venía al recuerdo. En cierto modo había terminado pareciéndose a él.

Pero había diferencias. Por ejemplo, estaba seguro de carecer de la rigidez un poco artificiosa de su padre, quien se mostraba en eso como un típico representante de la era Meiji. Por lo demás, Honda no tenía hijos con quienes mostrarse rígido; y tampoco cabía adoptar esa actitud con su mujer, ya que la vida hogareña transcurría de manera simple y ordenada, como si obedeciese a un íntimo mandato de las cosas.

Rié era callada y nunca se había mostrado en desacuerdo con su marido ni tampoco curiosa sobre su vida. Su-

fría a veces de una ligera indisposición de los riñones, y en este caso sus facciones se le inflamaban y en sus ojos soñolientos parecía arder la pasión. Tal efecto venía a reforzarse por los afeites más acusados que en esas ocasiones prefería.

Ahora, en esta noche de domingo de mediados de mayo, el rostro de Rié estaba nuevamente inflamado. Mañana habría sesión del tribunal. Honda quiso trabajar toda la tarde, pensando que así su trabajo estaría terminado quizás al llegar la hora de cenar. Por eso había advertido a su mujer, antes de encerrarse en su estudio, que deseaba no ser interrumpido hasta cumplir su propósito, el cual sólo llegó a completarse a las ocho de la noche. Era desacostumbrado para él cenar a una hora tan tardía cuando pasaba la jornada en su casa.

Aunque los gustos refinados no fueran especialidad de Honda, se había interesado en los objetos de cerámica durante su larga permanencia en la zona de Kansai y se permitía el modesto lujo de usar platos y fuentes de buena calidad, aun para las comidas cotidianas. Rié y él usaban platos hondos de porcelana de Ninsei y el sake de las noches les era servido en vasos Iwata, de Yohei III. Rié se preocupaba extraordinariamente de prepararle especialidades como la ensalada de pescado condimentada con mostaza y hecha con truchas jóvenes, o bien anguilas guisadas sin condimento alguno, como es propio de la manera Kanto. También solía prepararle lonjas de melón invernal con una salsa espesa con almidón de arrurruz. Le gustaba cuidar de la salud de su esposo, que no llevaba una vida muy sana, atado como estaba todo el día a su escritorio; de modo que pensaba sus menús de acuerdo con ese cuidado.

Habían llegado a la época del año en que el fuego del hogar y el vapor que escapa del caldero de cobre comienzan a ser molestos.

—No creo que me haga daño esta noche beber un poco más de sake que lo habitual —dijo Honda, como hablándose a sí mismo—. He terminado ya todo el trabajo gracias a que le he dedicado mi domingo.

—Es agradable ver terminado el trabajo —dijo Rié, llenando su vaso.

Una especie de elemental armonía presidía los coordinados movimientos de los gestos de ambos, mientras él alzaba su vaso o ella la botella con la cual vertía el licor. Un vínculo invisible parecía unirlos; un vínculo que se movía lentamente, de acuerdo con el espontáneo ritmo de sus vidas. Rié no era mujer capaz de perturbar ese ritmo y Honda sabía que podía contar con ello. Estaba tan seguro como de que las magnolias de su jardín estaban en flor aquella noche: le bastaba oler el aire perfumado.

Como se ve, todo cuanto Honda deseaba era la tranquilidad, dispuesta según sus propios puntos de vista y al alcance de su mano. Tal era el reino establecido en menos de veinte años por aquel joven lleno de promesas que había sido. Por entonces existían pocas cosas en el mundo sobre las cuales pudiera extender las manos llamándolas suyas. Pero, dado que la ausencia de posesiones no había despertado en él ninguna irritación ansiosa, las cosas habían terminado por ponerse quietamente a su disposición.

Tras beber su sake, se enfrentó a un humeante plato de arroz en el cual unos cuantos guisantes muy verdes brillaban con intensidad. En ese momento oyó vibrar la

campanita del vendedor de periódicos que anunciaba una edición extraordinaria y ordenó a la doncella que saliese a comprarle un ejemplar.

El diario que, a juzgar por los bordes mal cortados y la tinta húmeda, había sido impreso a toda prisa, traía las primeras noticias del incidente del Quince de Mayo, es decir, del asesinato del primer ministro Inukai por un grupo de oficiales de la Marina.

Honda suspiró.

—Como si no bastara con la alianza jurada con sangre —dijo.

Le pareció que se hallaba por encima de la multitud indignada que se erguía, con rostros ennegrecidos por la pasión, para condenar la corrupción de aquellos tiempos. Estaba convencido de que su propio mundo era el reino de la razón y de la claridad. Ahora que estaba ligeramente afectado por el alcohol su claridad le parecía brillar con luces más limpias que nunca.

—De nuevo te encontrarás con mucho trabajo, ¿no es así? —dijo Rié.

Honda sintió dentro de sí una condescendencia afectuosa al oír a la hija de un juez expresarse con tal ignorancia.

—No, no. Lo que sucede será asunto del correspondiente tribunal militar.

El problema, por su propia naturaleza, quedaba fuera del ámbito de la jurisdicción civil.

Capítulo 3

Durante varios días, como es natural, el incidente del Quince de Mayo se convirtió en el único tema de conversación en las oficinas que los jueces tenían en el edificio del tribunal. Pero al comenzar junio era tal la cantidad de casos pendientes, que los jueces se encontraron demasiado atareados para seguir dedicando más tiempo al asunto. Estaban, por cierto, enterados de ciertos hechos que los periódicos no habían publicado y se habían intercambiado sus informes respectivos entre ellos. Todos sabían que el presidente de los Tribunales de Apelaciones, que era el juez Sugawa, entusiasta partidario kendo, no ocultaba sus simpatías por los acusados. Sin embargo, nadie llegó a ser tan atrevido como para aludir a ese hecho.

Acontecimientos de esa especie se sucedían continuamente y eran como las olas del mar que surgen de pronto en la noche para morir en la arena de la playa: primeramente, una delgada cresta blanca que se extiende como

una línea trémula sobre el vacío oscuro; luego, al precipitarse la ola, la línea se va transformando y se infla extraordinariamente, tan sólo para deshacerse en la arena y volverse atrás, rumbo a las profundidades. Honda recordó el mar en Kamakura cierta noche en que él, Kiyooki y los dos príncipes de Siam se habían sentado en la playa para ver las olas que llegaban, rompían y se retiraban. Diecinueve años habían transcurrido desde entonces.

La playa nada tenía que ver con olas como la del incidente del Quince de Mayo, pensaba Honda. La playa, simplemente, estaba obligada a devolver el embate, forzando al agua a volver a su lecho. Con infinita paciencia, debía evitar que el agua se extendiese por la costa e invadiese los terrenos interiores. Tenía que oponerse a ella y devolverla a los abismos de maldad de los cuales había salido. Debía rechazarla, para que volviese a su primigenio reino de remordimiento y de muerte.

¿Qué pensaba el propio Honda de la maldad? ¿Y qué pensaba del pecado? Esos conceptos no estaban realmente bajo su responsabilidad. A él sólo le incumbía un camino por el que andaba sirviéndose de un guía llamado el código legal establecido. Sin embargo, Honda guardaba en su interior una secreta definición del pecado; una definición tan perfumada y estimulante como una crema que vivifica una piel seca y cuarteada. Sin duda la debía a la influencia persistente de Kiyooki.

Y no obstante, esa «enfermiza» definición no era tan fuerte como para suprimir en Honda el ánimo de hacerle frente. Dominado como estaba por la razón, Honda carecía de algo que se pareciese a una ciega devoción por la justicia.

Cierto día de comienzos de junio, la sesión matutina del tribunal terminó antes de lo acostumbrado, de modo que Honda volvió a las oficinas de los jueces. Tenía tiempo para perder antes de que sonara la hora del almuerzo. Se quitó el tocado negro con su pequeña borla roja y la túnica, negra también, que llevaba bordado en púrpura sobre el pecho el emblema de su rango. Puso cuidadosamente las prendas en el armario de caoba que le recordaba siempre el que se usa en los templos budistas para guardar los utensilios domésticos. Luego, se puso a mirar con expresión ausente a través de la ventana, mientras fumaba un cigarrillo. Una llovizna muy ligera caía, borrando en parte la visión.

«Ya no soy un novato en esto –reflexionó Honda–. He hecho mi tarea sin dejarme influir por opiniones ajenas y puedo decir que lo he hecho como el mejor. Me he entregado por completo a mi profesión y ella me ha moldeado. Soy como la arcilla a la que el ceramista ha obligado a tomar una forma.»

De pronto se apercibió de que estaba a punto de olvidar el rostro del acusado que había tenido frente a él durante todo el transcurso del juicio. Movi6 la cabeza. Por más que trataba ya no podía recordar con claridad los rasgos de aquel hombre.

Como las oficinas del fiscal acaparaban las habitaciones del segundo piso que daban al río, es decir, que ocupaban el sector sur del edificio de los tribunales, el panorama que se dejaba al departamento de jueces, cuyas ventanas daban al norte, era desolador. La mayor parte de él correspondía a la prisión. Una puerta practicada en el muro de ladrillo rojo que separaba el edificio judicial